

Entrar en su mundo

No hace falta que se lo pidas. Ellos siempre te abren las puertas de su mundo y te invitan a pasar. Son increíblemente generosos.

Se corren un poquito y te hacen un lugar en su infancia. Dándote la posibilidad de volver a verlo todo con ojos de niño.

Sólo hay que sacarse el uniforme de grande, el disfraz de persona seria, y dejarse llevar. Para hamacarse mil veces, compartiendo esa sensación de libertad y cosquillas en la panza mientras la hamaca sube hasta el cielo y parece que vamos a alcanzarlo.

Para emocionarse hasta llorar viendo una peli. Y permitirnos volver a creer en aquellas cosas que, se supone, los adultos ya no creemos.

Para reírnos hasta no poder más en una guerra de almohadas o de cosquillas.

Ellos te dan la oportunidad de volver a la niñez, de rescatar emociones y travesuras. Porque no tienen los miedos ni los pudores que a los grandes, tantas veces, nos frenan y nos impiden disfrutar.

Para el niño el mundo es un lugar enorme y fascinante, pero que a la vez, puede entrar en la palma de su mano.

Todo está por hacerse, todo está por empezar. Todo necesita ser explorado y descubierto. Tienen que probarlo, y ya.



Hay que revolcarse en el barro, meter el dedo en la torta y chapotear en los charcos... Hay que decir todas las palabrotas, saltar en los sillones, tocar los timbres y salir corriendo... Hay que reírse hasta reventar y preguntar hasta el infinito.

Los chicos tienen una pureza y una autenticidad conmovedoras. Son alegres, compasivos y activos militantes de la vida. Esencialmente optimistas, saben, por naturaleza, disfrutar a cada instante de las cosas.

Si alguna que otra vez, en lugar de preocuparnos tanto por los deberes y los límites, nos permitiéramos contagiarnos de su inocencia y de su ternura, seguramente el mundo distinto que soñamos para ellos estaría mucho, pero mucho más cerca.